



Mariátegui, un indigenismo marxista

Estas reflexiones se apoyan básicamente en la ya clásica obra de José Carlos Mariátegui *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*,* que es, sin discusión, su obra de historia más representativa. Ciertamente que no es su única obra. La inquietud espiritual de que siempre hizo gala, lo llevó a abordar una multitud de problemas y a tratar de ofrecer maneras de solucionarlos, por lo menos.

Una revisión rápida del índice de la obra de Mariátegui nos descubre inmediatamente preocupaciones de variada naturaleza: políticas, literarias, históricas, sociológicas. En suma, preocupaciones intelectuales que se manifiestan preponderantemente en una sólida obra intelectual. Como buen marxista, a Mariátegui le hubiera gustado *hacer* la revolución. Pero aunque intervino en la vida política del Perú, ciertamente no ganó gran cosa en el terreno de la acción. No hay que lamentarlo. Es dudoso, en primer lugar, que en caso de haber tenido tiempo —murió en 1930 a los treinta y cinco años de edad— y energía —padeció muchas enfermedades— para intentar llevar sus ideas a la práctica hubieran existido, en el Perú del primer tercio del siglo, las oportunidades de lograrlo. En términos que Mariátegui pudo haber usado, faltaban en el Perú las condiciones objetivas para una revolución socialista.

Mariátegui nos deja una obra intelectual de enorme calidad, de pensamiento muy valioso, que quiere ser una obra precursora e impulsora de tiempos por venir —tiempos por venir que en la vida de Mariátegui podrían parecer aún más remotos— Si Mariátegui no pudo establecer las condiciones objetivas para que se diera una revolución socialista en el Perú, con su obra intelectual escrita, en términos marxistas coadyuvó al establecimiento de las necesarias condiciones subjetivas.

Mariátegui procura establecer las bases de una nueva organización para su país, intento siempre renovado en la América Latina; recordemos, si no, los intentos de Mora y de Alberdi, que trataron de dar las bases para un nuevo orden de tipo liberal a México y a Argentina en el siglo XIX. Mariátegui, criatura del siglo XX, propugna un orden de tipo socialista.

El socialismo científico procura transformar la realidad a partir de la crítica de la historia. Mariátegui, en efecto, nos ofrece una crítica de la historia del Perú, crítica de la que se desprende una visión socialista que, para su condición de precursor, tiene enorme importancia. Por otra parte, en la visión histórica de Mariátegui destaca con fuerza esa condición de socialista comprometido con su propia realidad.

La historia del Perú, según Mariátegui, ha tenido dos grandes escisiones, dos grandes rupturas iniciadas ambas por hechos de tipo militar: la conquista y la independencia. Lado a lado de estos hechos y de los mundos históricos a que dan lugar, coloca Mariátegui, en situación predominante, al mundo inca, por un lado, y por el otro a su supervivencia en el indígena del Perú actual.

Mariátegui ve con simpatía —no con nostalgia— el mundo incaico, por todo aquello que tiene en común con el mundo socialista que él entrevé. El mundo inca estuvo organizado de una manera colectivista, en el cual la célula social originaria la conformaba el *ayllú*. Mariátegui señala que bajo el dominio de la teocracia imperial incaica el impulso individual estuvo enervado —pero en relación con ello arguye que el indígena, bajo el Imperio incaico, malamente podría echar de menos una libertad individualista que jamás había conocido, ni siquiera intuido.

El mundo incaico gozó de una gran prosperidad material. Esta situación la contrasta Mariátegui con las que crearon la Colonia Española y la Independencia. Es esa prosperidad material precisamente, la que a sus ojos justifica el Imperio Incaico. Pero Mariátegui está muy lejos de proponer una vuelta al pasado. Su interés en el Imperio incaico no implica que proponga una vuelta de colectivismo teocrático y no una más allá del interés que pueda tener para una obra socialista. A él le interesa el presente, y dedica su atención al problema del indio en Perú, y este problema se une históricamente al que plantea el “imperio”. En efecto, el Imperio incaico se convierte en el problema del indio, primero bajo el dominio español y después bajo el dominio de la oligarquía criolla desde la Independencia hasta nuestros días, en que el indio, como problema, continúa vigente en toda su virulencia.

Esta particularidad —el que en la visión histórica de Mariátegui se unan el marxismo y el indigenismo— le da un tono característico.

La visión histórica de Mariátegui está presidida por un interés político. El Imperio incaico aparece en ella como un antecedente del socialista que Mariátegui ambiciona, un antecedente que, desvirtuado y desfigurado por cuatro siglos de dominación, lucha por recuperar su puesto y su importancia en la organización peruana, y que para Mariátegui es la base sobre la cual podría construirse un nuevo socialismo.

La economía de tipo socialista en la que se basaba el Imperio incaico no puede resurgir porque se basaba exclusivamente en la tierra, y la economía moderna se basa en una cultura industrial. El comunismo incaico era agrario; el comunismo moderno tiene que ser necesariamente industrial. Al comparar ambos comunismos, Mariátegui declara: “Lo único que puede confrontarse es una incorpórea semejanza esencial, dentro de la diferencia esencial, material de tiempo y espacio. Y para esta confrontación hace falta un poco de relativismo histórico.” (p. 87)

Los elementos que Mariátegui procura tomar más en cuenta son los económicos y sociales. Para él la religión, la educación, la literatura misma responden, en un plano de subordinación, de efecto y no de causa, a una economía y a una sociedad dadas. Por ello la fórmula básica en la cual engloba su concepto de la conquista es la siguiente: “. . .sobre las ruinas y los residuos de una economía so-

* Ed. Solidaridad; México, 1969.

cialista, echaron (los españoles) las bases de una economía feudal” (p. 18) Y ni siquiera —señala después— fue una economía feudal de manera total, ya que en ella se injertaron elementos de una sociedad esclavista.

En último análisis, Mariátegui condena a la colonia española. Su juicio negativo se basa más que en razones de tipo sentimental —que aborrece—, en una comparación de las poblaciones que pudieron mantener el Imperio incaico y el Imperio español, y de las condiciones materiales en que esas poblaciones eran mantenidas. En su último momento de vida autónoma, el Imperio incaico llegó, según Mariátegui, a los diez millones de habitantes. El Perú del siglo XVI no sobrepasó los dos millones. El español, a diferencia del inca, siguió una política de exterminio de la población. El desplome demográfico es el que condena a la Colonia.

Por otra parte, España no pudo imponer formas superiores a las del comunismo agrario incaico. Según Mariátegui, el español sí tenía idea del valor de los tesoros de la naturaleza, pero no tenía idea del valor económico del hombre y de su trabajo. De ahí el régimen de despoblación que impuso en el Perú, y que lo forzó a recurrir a la importación de esclavos negros para resolver la escasez de mano de obra barata. Además, el español mostró un interés casi exclusivo por los metales preciosos; esto, y su intento de substituir la cultura agraria del Imperio incaico por una exclusivamente minera, tuvieron como consecuencia concreta que el indio pasara de un estado de servidumbre y de esclavitud, a un estado feudal. Esa combinación de feudalismo y esclavismo durante la Colonia española se manifiesta en el latifundio y el “gamonalismo”.

Para Mariátegui, la conquista española fue la última cruzada, es decir una empresa esencialmente militar y religiosa. En ello reside fundamentalmente su gloria y su debilidad: la creatividad de que dieron muestra los españoles en esos dos planos, no se vio enriquecida por una creatividad pareja en el campo económico. El español fue básicamente un conquistador, no un colonizador; los únicos que mostraron audacia y eficiencia en las formas de explotación que introdujeron en el Perú fueron los jesuitas, y en menor escala los dominicos. Pero aun en aquellos campos favoritos del español, como el religioso, Mariátegui piensa que el sistema que intentó implantar no logró ni eliminar ni absorber todos los elementos indígenas: durante la Colonia el culto católico sólo a medias logra imponerse al indio peruano. La religión quechua constituyó para Mariátegui, mucho más un código moral que una concepción metafísica; en este sentido puede parangonarse con el código ético en que se resolvió la religión china mucho más que con el cristianismo. Por otra parte, la religión quechua se identificaba con el Estado. Sus fines eran temporales más que espirituales. En el mundo del Imperio incaico la religión se resolvía en lo social. Siendo la Iglesia el Estado mismo, el culto se subordinaba a los intereses sociales y políticos del Imperio. En sus propias palabras: “El pueblo



incaico ignora toda separación entre la religión y la política, toda diferencia entre Estado e Iglesia. Todas sus instituciones, como todas sus creencias, coincidían estrictamente con su economía de pueblo agrícola y con su espíritu de pueblo sedentario. La teocracia descansaba en lo ordinario y lo empírico, no en la virtud taumátúrgica de un profeta ni de su verbo. La religión era el Estado.” (p. 184)

Por eso fue fácil al catolicismo sustituir a los dioses y ritos quechuas por las efigies y los ritos católicos. De hecho, el indio ejerció muy poca resistencia a la evangelización; esta falta de resistencia fue precisamente, según Mariátegui, la que impidió que la evangelización se consumara, y la que influyó para que el catolicismo perdiera sus virtudes combativas, conforme se estabilizaban las instituciones del Imperio español.

El indio acepta el catolicismo hasta donde la Iglesia se identifica con el Estado, al nivel de culto público y de teocracia. Y no es de extrañar, ya que la religión quechua era, podría decirse, de tipo “federal”; en un proceso de sincretismo religioso paralelo al proceso de expansión política del Imperio incaico, los dioses de los pueblos vencidos eran avasallados, no perseguidos ni condenados, y pasaban a formar parte de la mitología del pueblo vencedor. En un proceso de dirección inversa, poco le costó al indio integrar en su panteón y en su culto al catolicismo conquistador. Pero a otro nivel más profundo, el indio conservó intacto su paganismo propio. Bajo la adaptación puramente formal al medio que sufre el catolicismo, se manifiestan supervivencias religiosas indígenas que tienen que ver más con los fundamentos de una organización económica y social que con el culto o la moral. Profundamente apegado a la tierra, es lógico que en el indígena subsistan los ritos agrarios y los elementos naturales y últimos de su propia religión. Organizados social y económicamente en tribus agrarias aún durante la Colonia española y hasta nuestros días, los indios peruanos mantienen celosamente el totemismo implícito en el *ayllú*, que logra sobrevivir durante la Colonia, pero dominado por la feudalidad y en constante conflicto con ella; en otras palabras, sujeto a un régimen de servidumbre con respecto al latifundio. La comunidad indígena sobrevive, pues, durante la Colonia, y no porque el régimen español, consciente del daño que a la población hacía con su política minera, y deseoso, por otra parte, de imponer su autoridad sobre los levantiscos conquistadores hubiera dictado, como en efecto dictó, leyes encaminadas a proteger a la comunidad indígena del embate a que la sometía el feudalismo señorial. Las sabias y justas leyes de que se enorgullece el Código de Indias no funcionaron en la práctica. Si la comunidad indígena sobrevivió, fue sólo porque el énfasis económico pasó en la tierra de lo agrario a lo minero, y porque la nueva agricultura colonial, basada en un régimen esclavista, se asentó sobre todo en la costa.

Mariátegui constata el cambio regional de gravitación econó-



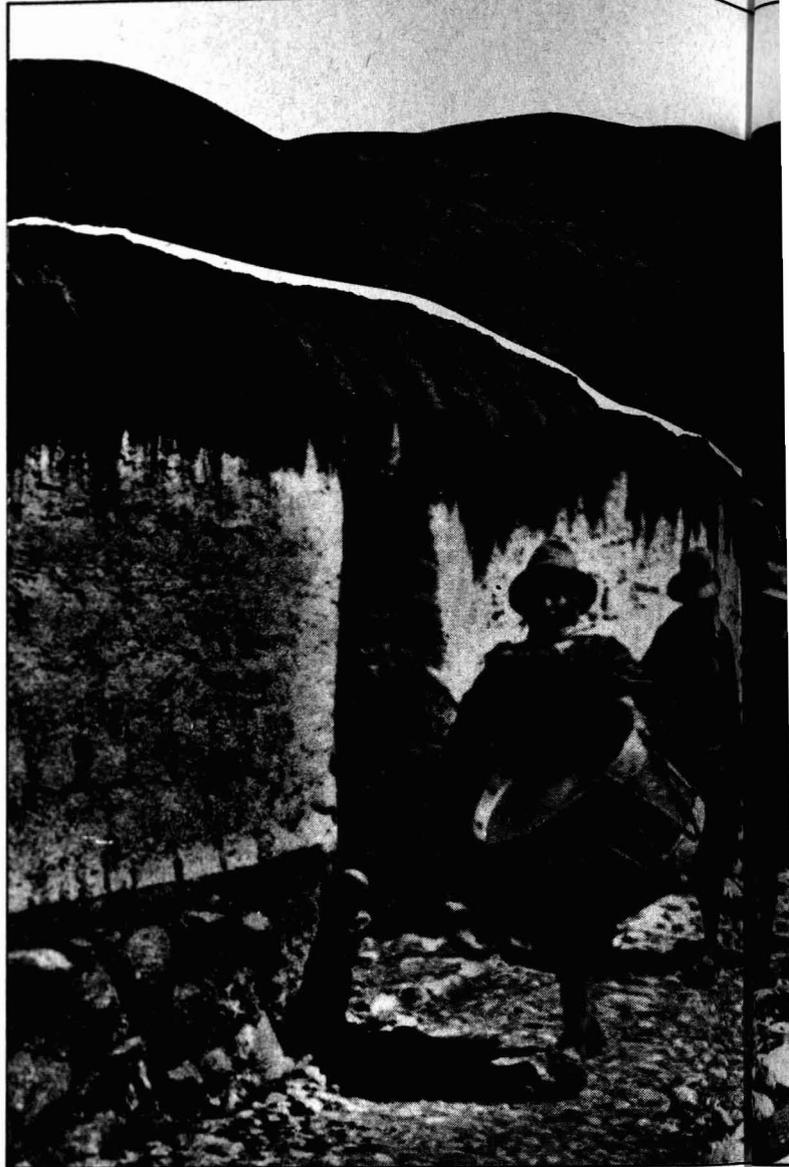
mica, y subraya la predilección de los españoles y de los criollos por asentarse en la costa. El español funda, un tanto arbitrariamente, un nuevo centro para su poderío—Lima— en la costa, y permite que Cuzco y Quito, los antiguos centros del poder incaico, decaigan. El Perú colonial, el Perú de nuestros días es una formación costeña. Ni los españoles ni los criollos supieron conquistar los Andes más que para arrancarles sus metales preciosos. La sierra permaneció indígena; la costa, que bajo el Imperio inca nunca llegó a representar gran cosa, se convirtió en el centro de la vida española, de la vida criolla y mestiza.

La segunda gran escisión de la historia del Perú la constituye la Independencia que, como la Conquista, se inicia también con un hecho militar. En esta segunda etapa, según dicho de Mariátegui, "una economía feudal deviene, poco a poco, economía burguesa. Pero sin cesar de ser, en el cuadro del mundo, una economía colonial". (p. 20)

El factor dominante de la Independencia que destaca Mariátegui es el interés de una burguesía embrionaria por librarse de su Metrópoli, para poder continuar un desarrollo en otro sentido que el que interesaba a España. El cambio se ve presidido por la necesidad de desarrollo del mundo capitalista. Existe, en efecto, una correspondencia entre el interés económico de las colonias hispano-americanas y el Occidente capitalista representado ahora por Inglaterra. La Inglaterra protestante y liberal substituye a la España católica y "servil" como Metrópoli del Perú. Mientras que España sólo se interesaba en los metales preciosos, Inglaterra tenía puesta su mira en materias primas industrializables: guano, salitre, algodón y azúcar.

El Perú no sale de su condición de colonia. Por otra parte, si bien la Independencia aprovechó el apoyo de la masa indígena, benefició más a los criollos y mestizos que a los propios indios. Mariátegui no considera benéficas las leyes que a favor del indio dictó la República, porque al igual que las españolas, no pudieron aplicarse, y cuando se aplicaron fue en contra de los intereses de la masa indígena.

Mariátegui considera que, en conjunto, el Virreinato español es menos culpable que la República, ya que ésta ha "...pauperizado al indio, ha agravado su depresión y ha exasperado su miseria" (p. 52). El encomendero criollo ha resultado peor que el español, quien siquiera tenía algo de señorío. Mariátegui no es un antihispanista de profesión. El se cuida de señalar que "no renegamos propiamente la herencia española; renegamos la herencia feudal". Por haber fracasado en la liquidación de esa herencia feudal es por lo que Mariátegui condena a la República. En el Perú independiente no llegó a formarse una verdadera clase burguesa, una verdadera clase capitalista. Mariátegui piensa que la Revolución de Independencia en el Perú no tuvo bases agrarias, porque propició la colaboración de los grandes terratenientes y de los semiburgue-



ses comerciantes, en vez de producir entre ellos un conflicto. Los únicos intereses que se afectaron fueron los indígenas. La comunidad indígena tuvo que soportar, además de las formas feudales heredadas del Virreinato español, los ataques que en nombre de la propiedad privada le inflige la semiburguesía.

El latifundismo se afianza como poder dominante. Para Mariátegui, el caudillismo militar que se adueñó de la escena política del Perú durante las primeras décadas de la República, no podía sustraerse a los intereses de clase y esposó los intereses de la "aristocracia" latifundista. El despotismo caudillista y el latifundismo son términos correlativos. Es ese latifundismo el que va a conseguir la legislación en contra de las comunidades indígenas, no a nombre propio, sino a nombre de la pequeña propiedad privada e individual. Mariátegui piensa que a pesar de la legislación "...esa pequeña propiedad no ha prosperado en el Perú. Por el contrario, el latifundismo se ha consolidado y extendido, y la propiedad de la comunidad indígena ha sido la única que ha sufrido las consecuencias de este liberalismo deformado" (p. 82) y señala dos factores como los más importantes entre los que impidieron que se planteara en sus verdaderos términos el problema agrario: primero, la incipiente de la burguesía urbana; segundo, la situación extrasocial y extrapolítica en que se mantuvieron los indios.

Durante el periodo económico dominado por el auge del guano y del salitre, recibe un primer impulso enérgico la transformación de la economía peruana, de feudal en burguesa. Con las enormes

ganar
tos, s
banc:
ra a
trada
De
ga er
las no
cano,
el cas
Ma
mía j
cio d
ción
más a
la gra
cano.
cual
la ilu:
el sal:
riodo
mo, l
recurs
En
eleme



ganancias que permite la desenfrenada explotación de los yacimientos, se crean los primeros elementos sólidos de capital comercial y bancario en el Perú. El centro agrario se desplaza todavía más de la sierra a la costa, donde se desarrolla una agricultura de exportación centrada en la producción masiva de algodón y caña de azúcar.

Después de la guerra del Pacífico, la economía peruana se entrega en manos del capitalismo inglés y se organiza de acuerdo con las necesidades y los intereses del mercado británico y norteamericano, cuyos capitales desplazan o cooperan con los ingleses, según el caso.

Mariátegui señala algunas de las bases en que se funda la economía peruana de la actualidad que él vive, es decir, del primer tercio del siglo XX; la aparición de la industria moderna y la formación de un incipiente proletariado industrial; la función cada vez más activa del capital financiero; el acortamiento de las distancias; la gradual superación del poder británico por el poder norteamericano. "El desenvolvimiento de una clase capitalista dentro de la cual deja de prevalecer como antes la antigua aristocracia" (p. 30); la ilusión de que el caucho llenaría el mismo papel que el guano y el salitre habían llenado anteriormente; las sobreutilidades del período de auge de la explotación del guano y del salitre, y por último, la política ruinosa de los empréstitos, que había entregado los recursos del estado peruano al capitalismo extranjero.

En resumen, dice Mariátegui: "...En el Perú actual existen elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de econo-

mía feudal nacido de la Conquista, existen en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena; en la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada" (p. 32).

En este marco es donde se integra el problema indio, que Mariátegui considera el tema nacional por excelencia. "Un criterio que sostiene la supremacía del problema del indio, es simultáneamente muy humano y muy nacional, muy idealista y muy realista." (p. 216)

Para decidir que el indio es el problema central del Perú, a Mariátegui le basta constatar que las cuatro quintas partes de la población peruana son los indios. Por ello se convierte el problema en uno de "biología nacional", y como el indio es tradicionalmente agricultor, el problema básico del Perú es la tierra.

Mariátegui se alegra de encontrar que la comunidad indígena sobrevive en el Perú de su tiempo a pesar de todos los ataques y a pesar de todas las deformaciones. El ayllú está vivo, aunque transformado por cuatro siglos de evolución, después de la muerte del Estado bajo el que se cobijó originalmente. Los cambios que ha sufrido el ayllú actual con respecto al incaico, responden a modificaciones individualistas modernas y a la inclusión de elementos industriales en una organización totalmente agrícola. Los cambios individualistas, sin embargo, han sido impotentes para hacer del indio un espíritu individualista, como lo prueba el hecho de que acepte mucho más el concepto de contrato colectivo de trabajo que el de contrato individual, y el hecho de que la comunidad mantenga vivos en él impulsos morales que pierde fuera de ella. Por otro lado, cuando la comunidad indígena se ve sujeta a influencias industriales, evoluciona hacia la cooperativa y se muestra como una empresa tan productiva como el latifundio.

En la supervivencia del latifundio encuentra Mariátegui el principal vicio de la tenencia de la tierra en Perú, tanto en la sierra como en la costa, y lo considera un remanente del feudalismo. Este se manifiesta sobre todo en el complejo fenómeno del gamonalismo, e incluye toda una organización que gira alrededor del latifundio: una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes parásitos, etcétera, que ejercen una influencia desde el nivel más humilde hasta la más alta política y el mecanismo del Estado. En la sierra subsiste la más bárbara y omnipotente feudalidad; también en la costa, con el agravante de que los latifundios se dedican a los cultivos de exportación, sobre todo el azúcar y el algodón, y de que en su mayoría están en manos de capitalistas extranjeros, o dominados por los intereses británicos y norteamericanos. Estos intereses se oponen a que la agricultura se organice y desarrolle de acuerdo con las necesidades de la economía nacional, por ello la agricultura de la costa se ve impedida de ensayar y adoptar nuevos cultivos.



El gamonal, el heredero de la Conquista, el descendiente de la Colonia y el beneficiario de la República, es el que se opone a que el nuevo Perú se apoye sobre sus naturales cimientos biológicos. Mariátegui exhorta a ese nuevo Perú que él anhela a que se pronuncie por el indio, en contra del gamonal.

A esta situación de tenencia de la tierra corresponde un régimen de trabajo paralelo, en el cual sobrevive un régimen de servidumbre. Los señores feudales, que en buena medida desempeñan un papel de intermediarios del capital extranjero, adoptan ciertas prácticas, pero no el espíritu del capitalismo moderno. El sistema latifundista crea un problema demográfico de falta de brazos, que trató de resolverse durante el Virreinato con la importación de esclavos negros, y durante la República con la de coolíes chinos. Ambas importaciones fueron insuficientes, y el gamonalismo recurrió y recurre a métodos feudales, al yanaconazgo y al enganche, para asegurarse su fuerza de trabajo. Por medio del yanaconazgo se vincula, se ata a la tierra a la población campesina. Por medio del enganche se aseguran brazos para los latifundios de la costa, que a fin de cuentas gozan de una mayor concurrencia de trabajo libre y de régimen de salarios que la que existe en la sierra. En la sierra se continúa dando más importancia a la rentabilidad de la tierra, que aumenta la usura que se impone al trabajo del indio. Por todas estas razones condena Mariátegui el régimen de propiedad que priva en el Perú, y la organización económica en la cual se integra.

La solución del problema básico del Perú consiste en apoyar, en dar fuerza a los elementos indígenas comunistas que sobreviven en suelo peruano, uniéndolos a un socialismo moderno. La solución está en el ayllú convertido en cooperativa. Propone Mariátegui el socialismo porque las demás soluciones que ha ofrecido el liberalismo capitalista han fracasado ya y han agotado sus posibilidades históricas de creación. Ha pasado la hora de ensayar el método liberal. Ha pasado el momento de procurar la creación de un mundo capitalista. Liberalismo y capitalismo, en el Perú, se han demostrado incapaces de satisfacer sus propias premisas. Mariátegui condena: "La clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional" (p. 34). Sobre la clase terrateniente pesa la gravísima responsabilidad de no haber sabido resistir al capitalismo externo, y de no haber desarrollado un capitalismo propio. Y es que al convertirse en un fenómeno preferentemente urbano, el demos mestizo urbano en el Perú, débil heredero de la retórica de la República, prefirió pactar con la aristocracia latifundista en vez de destruirla, y en vez de construir una sociedad verdaderamente capitalista. "En el Perú —dice textualmente—, contra el sentido de la emancipación republicana, se ha encargado al espíritu del feudo —antítesis y negación del espíritu del burgo— la creación de una economía capitalista." (p. 38)

La imagen marxista de la historia peruana que nos ofrece Mariátegui está construida en virtud y a instancias de una necesidad presente —como, en efecto, se construye toda visión histórica que se respete. Es una necesidad de tipo político, pero para que nadie pueda llamarse a engaño, el propio Mariátegui nos advierte que "... la política en mí es filosofía y religión" (p. 249). Mariátegui es un socialista científico; acepta que todo intento de transformar la realidad debe partir de una crítica de la historia, por lo tanto, tiene como objetivo transformar la realidad, es decir, coadyuvar, en la medida en que fuere, a realizar la revolución. La visión crítica de la historia del Perú que Mariátegui nos da, además de estar destinada a reflejar la realidad a través de un espejo marxista, está destinada a cambiarla, violentamente si es necesario. El marxismo de Mariátegui es un marxismo revolucionario; un marxismo revolucionario sin revolución, según ha apuntado Abelardo Villegas.

Mariátegui no nos da una visión marxista "vulgar" de la historia peruana; en ella se barajan finamente los conceptos. La imagen del Perú es compleja; en ella se toman en cuenta el mayor número de elementos que pudieran ir en contra de la estructura marxista en que Mariátegui se mueve. El no niega, sino que expone en detalle las contradicciones que encuentra en la historia peruana, las estructuras dentro de su visión marxista; las organiza dialécticamente de un modo amplio y generoso. Al fin y al cabo, parece decirnos Mariátegui, el motor de la historia lo constituyen precisamente las contradicciones.

Cuando Mariátegui, marxista, se ocupa de la realidad histórica peruana, su foco de atención es el problema del indio. El indio en el Perú es la realidad dominante que Mariátegui observa al través de su prisma marxista. Esta unión de indigenismo y marxismo es lo original de su pensamiento. Quizá no fuera en México legítimo afirmar que el indigenismo, en el primer tercio del siglo XX, es una postura original; para el Perú lo es, tanto para la época en que Mariátegui vivió, como para nuestros días. Y es que el indigenismo mexicano puede alardear de una larga historia que se remonta al siglo XVI, mientras que el indigenismo peruano es prácticamente inexistente hasta fines del siglo XIX y principios del XX. El pensamiento de Mariátegui se inserta en una tradición menos importante que la que conforma la tradición indigenista mexicana. Y es que el problema del Perú se reduce, según Mariátegui, a la formación de una nacionalidad que incluya a todos los elementos de la población, de la vida y de la historia peruanas. "En el Perú —dice— el problema de la unidad es mucho más hondo, porque no hay aquí que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales, sino una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento, nacida de la invasión y conquista del Perú autóctono, por una raza extranjera que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena, ni eliminarla ni absorberla." (p. 223)